

¿HAY SALVACION DENTRO DE LA «IGLESIA»?

Por Carlos CASTRO CUBELLS

LA antigua afirmación de que «fuera de la Iglesia no hay salvación», se ha convertido, para muchos en esta otra, casi inversa, que encabeza estas líneas. Pongo con toda intención «iglesia» con minúscula y entre comillas. Esto se debe a que la «Iglesia» que pone en crisis la pregunta es la realidad inmediata en que la Iglesia se presenta en sus personas, costumbres y acciones. Pero no puedo olvidar que «eso» que así se presenta es la «única Iglesia» que para los más es lo existente, porque las gentes de lo que saben es de lo que ven y tocan. Por otra parte, no olvidemos que el signo visible es el medio a través de cuya transparencia se puede alcanzar lo significado.

Y la verdad es que a través del signo visible muchos no encuentran la salvación. Algunos que si la encuentran dicen con toda sinceridad que es «a pesar de» y poniendo una dosis de buena voluntad y de fidelidad de «esperanza contra toda esperanza» que rebasa todos los límites de lo previsible. La Iglesia, como signo inmediato, se ha convertido para muchos no sólo en el escándalo que el misterio de la Iglesia lleva y llevará siempre consigo, sino en un escándalo y dificultad que no tiene nada que ver con ese «signo de contradicción» que la Iglesia debe ser siempre. La dificultad está en que la «Iglesia inmediata» ha dejado de ser, precisamente, el signo de contradicción que debiera ser, para convertirse en algo tremendamente sensato y conformista que le priva de su mayor atractivo: ser un signo de contradicción en este mundo.

La Iglesia, al ser sensata y conformista en sus personas y acciones, y convertirse en «iglesia», no es que es débil en ellas, pobre y pecadora. Esto no es dificultad. Se convierte en dificultad cuando esa debilidad, por lo pronto, se presenta casi como la única. Segundo, cuando se establece de hecho que no es debilidad. El problema es muy grave. Porque no se trata de una «sensatez y conformismo» ante y con determinadas situaciones sociales o circunstanciales, sino que afecta a la misma entraña de su misión.

Cuando la «iglesia» (me refiero en todo esto a la nuestra cercana) abandona la aventura de la fe, del riesgo y de la imaginación, cuando no ancla su destino en «otro mundo», sin temor, y se empeña en arreglar este presente, ha perdido su letra mayúscula y la ha sustituido por una minúscula discutible y a todas luces insatisfactoria. Los fondos humanos, que sólo un mensaje salvador total pueden tocar e iluminar, quedan sin tocar, sin incitar. Y esto es lo que está pasando de una manera cuantitativa y cualitativa alarmante. Y, por lo menos, hay que decirlo.

Somos muchos los que estamos descontentos, insatisfechos, de la «Iglesia inmediata». Y de estos muchos, pocos son los que pueden dar el salto que les permitiría mantener «contra toda esperanza» la fidelidad debida a la otra Iglesia de la que apenas se presentan signos inmediatos. Nos faltan cauces reales, personas concretas, testigos de lo que la Iglesia es depositaria. No nos extrañen las consecuencias.

Repito que no es la normal y prevista «debilidad de la Iglesia de los pecadores», que somos todos nosotros. Es otra segunda infidelidad, consistente en un deterioro interno que ni los más «contestatarios» han señalado. Porque ante este hecho que indicamos, no cabe la «contestación» o impugnación, son la «con-dolencia», la com-pasión.

El deterioro interno al que aludía consiste en la primacía concedida a lo estructural y «concordatario» (político, en fin de cuentas, administrativo y de conveniencia circunstancial), en perjuicio de lo salvador y superador de las contradicciones últimas de la vida del hombre. Esta iglesia inmediata no se atreve a proclamar la muerte, la resurrección y la transparencia ante Dios con claridad. Prefiere la antropología corta, la psicología imitada, la sociología plagiada, a la entereza de la fe sobretemporal. No sabe enseñar a redescubrir palabras y actitudes que le llevarían y llevarían a la libertad de los hijos de Dios. La «Iglesia inmediata» es un conjunto de «aparatos» y tácticas semejantes a las de cualquier otro grupo.

Otra vez ha sonado la hora de los «amigos de Dios», que separándose de lo que ya no tiene «arreglo», exige la refundación de actitudes de más seriedad e identidad cristianas. Los que, limpiamente se sienten defraudados por la «institución» son los primeros que anuncian una nueva época. Una nueva época que viene, que llega, que ya está ahí y que, para bien de la Iglesia, no puede ya contar, ni cuenta, con la «vieja institución» de lo inmediato y en su fondo pervertida y desviada. Este es, una vez más repetido, el «cuarto mundo», que sin «contestaciones» ha iniciado otro camino. Mejor dicho, ha encontrado el único camino. Terminó con una pregunta: ¿Se atreverían los profesionales de lo inmediato, los «oficiales» y poderosos de la presente situación de superficie a soportar una confrontación más concreta? Ya hay muchos que están dispuestos a hacerla. Pero la mejor confrontación no será ni una crítica, ni una discusión. Tampoco el de una condenación. La «Iglesia inmediata» hay que abandonarla a su suerte, porque lo que no se puede abandonar es a la Iglesia.